

Serpiente de bronce



Los israelitas eran una nación itinerante de esclavos liberados que seguían a Dios y a su líder Moisés por el desierto, en camino a la tierra de Canaán. Aunque Dios siempre proveyó para todas las necesidades del pueblo, en ocasiones también probó su fe, permitiéndole que sus provisiones alcanzaran mínimos críticos, o forzándolo a enfrentar obstáculos intimidantes. Lamentablemente, los israelitas a menudo fallaron ante las pruebas y se dedicaron a quejarse amargamente contra Dios y sus líderes. Como respuesta, el Señor “envió contra ellos serpientes venenosas, para que los mordieran, y muchos israelitas murieron”.¹ Los israelitas entendieron el mensaje. Clamaron entonces a Moisés y le rogaron que hablara con Dios para que los salvara. En su amor y misericordia por esos hijos descarriados, Dios le ordenó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la colocara en un asta. Todo el que fuera mordido por una serpiente podría mirar con fe a ese símbolo del pecado, y sería sanado. Sin embargo, los que rehusaran el medio divino de salvación estarían condenados a la muerte.

De por sí, la serpiente de bronce no tenía ninguna propiedad sanadora. Al igual que los servicios del Santuario, las ofrendas quemadas, los sacrificios y los días sagrados, la serpiente era otra lección objetiva mediante la cual Dios reveló la simpleza y belleza del plan de salvación. Así como las serpientes literales habían mordido a la gente y habían provocado muerte, así también Satanás, la serpiente original, había engañado a los primeros padres de la humanidad transmitiéndoles el veneno mortal del pecado. En lugar de dejarnos librados al destino escogido, Cristo llegó a ser una serpiente en un asta.² Se hizo pecado por nosotros. Cambió nuestra naturaleza envenenada por su carácter puro y santo. Aceptó la muerte lenta, dolorosa e inevitable que nos correspondía a nosotros, para que pudiésemos disfrutar de su vida abundante. Los israelitas no tenían más que mirar con fe al Salvador y aceptar la sanidad y la salvación que ofrece. Eso es también lo que tenemos que hacer nosotros.

No obstante, a medida que pasó el tiempo, los israelitas perdieron de vista esta hermosa ilustración del amor y la salvación de Dios. Algunos comenzaron a ver en esa serpiente un talismán de la buena suerte, un augurio de buena fortuna y le quemaban incienso.³ Le llamaban Nehustán. Comenzaron a atribuir su sanidad, sus bendiciones y su prosperidad no ya a Dios, sino a la serpiente. Comenzaron a honrar y confiar en el símbolo antes que en el Salvador que simbolizaba. Como antes habían quemado incienso fragante en el Templo de Dios para representar las oraciones y agradecimientos que le brindaban, ahora quemaban incienso a la serpiente. El buen rey Ezequías, que “hizo lo que agrada al Señor”,⁴ hizo importantes reformas, destruyendo los lugares altos y las piedras sagradas y quebrando los altares de Asera. También ordenó a los levitas que purificaran el Templo de Dios, removiendo toda impureza que había sido colocada en la casa de Dios para adorar a los ídolos. Entre los artículos demolidos, se encontraba esta reliquia histórica. El rey Ezequías sabía que tenía que destruir esa idolatría, ese rival en el corazón del pueblo si quería que éste regresara al verdadero Dios, y así lo hizo.

Referencias Bíblicas:

1. Números 21: 6
2. Juan 3: 14, 15; 12: 32, 33

3. 2 Reyes 18: 4
4. 2 Reyes 18: 3